

Un disparo nos despertó.

Cambiamos rápidamente de posición para conocer dónde se encontraba el enemigo. Alguien dijo que no era de AK ni de G3. Se corrió la voz de que debíamos alejarnos de nuestros sitios pero ya todos estábamos retrocediendo, agachados, en silencio.

Ibamos en pequeños grupos, olvidados del tremendo frío de la madrugada, tropezando con los troncos y enredándonos en los bajucos y en los yerbazales. El que iba delante de mí estiró una mano hacia atrás y di contra él:

—¿Qué pasa? —pregunté en voz casi inaudible.

—Escuchen.

Los tres nos agachamos. Sólo se oía el chasquido de las ramitas al partirse. Dejé de respirar pero los latidos del corazón me ensordecían. Me limplé el sudor de las manos en el pantalón y empuñé el fusil lo más firme que pude.

—No te alejes que no te veo— dijo el que venía detrás de mí.

—Ssst.

Y así estuvimos esperando otros disparos o movimientos.

—Alguien está herido —dijo uno de los compañeros—. Escuchen.

Nuevamente el silencio, el chirrido de los grillos y el lejano canto de una lechuza nos sobrecogió. Habíamos empezado a sentir otra vez las punzadas del frío y sólo uno de nosotros traía la capa porque la tenía atada al cuello.

—¿Oyeron?

Y escuchamos a intervalos unas quejidas leves a nuestras espaldas.

—Alguien está herido. Tenemos que coger al hijoeputa que disparó.

—No hables tan alto —dijo el de atrás—. Vamos a abrirnos en abanico.

Continuamos tropezando con los troncos y cuando miré hacia atrás sólo vi la oscuridad impenetrable. Entonces silbé y recibí respuesta de la derecha y de la izquierda. Nos reunimos por la dirección de los silbidos y quedamos en silencio, escuchando.

—Vamos a ver qué pasó.

Al regreso cal y debí apurarme pues sólo podíamos caminar unidos por las manos o de lo contrario nos perdimos en la oscuridad.

Nuestro campamento, improvisado bajo un corpulento árbol, estaba iluminado por una linterna que metía su débil luz en la hierba. Allí estaban los demás compañeros.

—Cojan las capas para que no se vea la luz.

Agachado y tanteando el suelo encontré una y barrí de un manotazo la escarcha amontonada encima. Las brazas, alrededor de las que dormíamos, estaban casi apagadas y apenas daban calor.

Volví al grupo y extendí la capa, que unida con otras formaron un círculo. Dentro se quedó el médico junto al herido, y al proyectar el rayo de luz vi que era el político de nuestro batallón, el que siempre andaba bromeando y recitando poesías a su mujer. Decía que era de Las Villas y que tenía varios hijos.

—¿Qué dicen los de la guardia? —pregunté a uno a mi lado.